

Anyot

Aurelia Martín Moreno

A PAVEL

Mi hijo,
mi amor,
mi sueño.
Eres rubio, rubio,
más amarillo que los trigales inmensos de Castilla
bajo el sol ardiente
y no eres castellano.
Desde la luz dorada de tus ojos
me llevas a las estrellas y más allá
y me enseñas a querer lo pequeño,
lo simple, lo inocente, lo esencial.
Eres una flor mirando al cielo,
mi pequeña flor del día.
Una amapola entre los trigales inmensos de Castilla
y no eres castellano.
Bajo el sol ardiente
que por amor
no se atreve a quemarte ni a secarte
y los grillos locos,
locos de cantar a la vida madura del verano
bajo el sol cegador,
sobre los trigales inmensos de Castilla
y la calina
y mis brazos de madre y mi silencio.

ABANICO

Un día de agosto del año catapún. Oh Dios, me parece tan lejos ya... me dio por ir de abanico al trabajo, no era por el calor es que echaba de menos la fiesta de mi pueblo que era ese día... Por entonces llevar un abanico era una rareza (*sic*), un objeto que la gente alemana asocia con España, especialmente Mallorca, flamenco, corridas de toros, sol...

Era yo el punto de mira de los viajeros en el tranvía, sobre todo de un grupo de señoras mayores que se asfixiaban de calor. Una de ellas se sentó a mi lado diciéndome: “perdone, ¿es usted una española de verdad?”. Al decirle que sí me preguntó que si había comprado el abanico en Alemania, que a ella le gustaría comprarse uno también pero que no sabía dónde. Que los abanicos le parecían muy bonitos y además muy prácticos en días como aquel. Me habló de su marido, que en paz descansa, que había luchado en las Brigadas Internacionales en Ciudad Rodrigo¹, que había estado varias veces en Salamanca, la tan bonita ciudad con la maravillosa Plaza Mayor, que estaba por entonces en España “todo kaputt”² le decía y que Franco “nicht gut garnichts gut”³... Me llevo al alma la señora, ella no sabía que yo era de Salamanca. Y... ¿qué hice? Pues le regalé el abanico.

BAJO EL SOL

Un día que miraba embobada a mi niño, como hacemos generalmente las madres, me pregunté que pasaría por su cabecita cuando yo, la única, le hablaba en español. Me pregunté si sería capaz de enseñarle mi idioma, si me sería posible un día como a cualquier madre española en España hablar con su hijo en español, pero en Alemania... Dudé y estuve triste... y entonces “me llevé a mi niño conmigo a los solares de las eras llenas de gavillas de trigo. Dimos vueltas, vueltas y vueltas en el trillo de mi padre, el de cuando yo era chica. Mi niño se durmió en el trillo bajo el sol. Las gavillas de trigo y el sol brillándonos en los ojos eran como un fata morgana⁴ pero real... sí, sí, yo estaba en mi pueblo con mi hijo dormido en el trillo y el niño era tan serrano y castellano como yo aunque hubiera nacido en Alemania, de padre alemán, y alemán según las leyes alemanas.

¹ Ciudad Rodrigo, población salmantina, siempre estuvo en el bando franquista durante la Guerra Civil y no conoció frente alguno durante la cotienda, por lo que debe de referirse a otro lugar de España. (N.E.).

² Palabra de origen alemán que significa acabado, roto, estropeado. (N.E.).

³ Nada bueno, no es nada bueno. (N.E.).

⁴ Espejismo o ilusión óptica. (N.E.).

EL CÓNsul

Un día veintiocho de diciembre hace ya mucho tiempo, llame al Consulado español haciéndome pasar por la secretaria de prensa exterior del señor presidente Felipe González. Quería hablar con el señor Cónsul de un tema de importancia. Me pasaron enseguida con él. Al decirle que el objeto de mi llamada era informarlo, extraoficialmente, de que Felipe González se encontraba de incógnito en Alemania y que tenía la intención, a pesar de todo, de hacer una visita no anunciada al consulado... me interrumpió diciendo: “Válgame Dios, válgame Dios, menos mal que me lo anuncia usted, porque con la cantidad de papeleo atrasado que tenemos aquí por resolver... no, no, no es que diga que los muchachos sean holgazanes pero ya sabe usted, las burocracias, las órdenes de Madrid... y luego los alemanes... Tenemos tanto asunto retrasado... Viene mañana dice usted, bueno, hasta mañana espero haber puesto algo de orden, le digo otra vez que no me quejo de los muchachos, es Madrid... Muchas, muchísimas gracias no olvidaré el gran favor que usted nos hace...”. Al preguntarme por mi nombre se cortó la comunicación... Creí que me daba un algo por la risa.

Meses después en el Consulado, donde tuve que ir a arreglar papeleos me atendió un señor de lo más atento, amabilísimo y simpático, algo mayor. Como a mi hijo, según las leyes españolas de entonces, no le permitían tener tres nombres propios, me dijo que le quitara uno para poder inscribirlo. Me observaba mientras yo estaba indecisa pensando qué nombre de los tres borrraba y va y me dice: “El nombre M es feo”. Sí, le contesté, ese se lo puso mi marido. “Bueno, ése lo borro. Y de los otros dos A es muy bonito, es el nombre del gran A, el personaje griego tan famoso... Yo también me llamo así, mire usted señora, hágame usted el favor y llame al niño siempre A, en honor del cónsul español así me recordara usted siempre”. Casi estuve a punto de decirle que yo había sido el pájaro bromista del veintiocho. Recuerdo a ese señor con mucho cariño.

EL POBRE TAN GRANDE

Era un día de Adviento de mucho, mucho frío. Iba caminando por la calle de la estación hacia el tranvía para volver a casa después del trabajo. Un muchacho joven estaba pidiendo con la gorra al lado, sentado en el suelo. Al estar frente a él pensé que ese mes tenía ya la paga extra de Navidad en mi cuenta y le di en la mano diez marcos. Me miró tranquilamente y dijo: “Es mucho, usted no tiene pinta de millonaria, conque me de usted dos marcos para comprarme de comer, es suficiente”. Tiene usted razón, yo no soy millo-

naria pero me daría usted una alegría si aceptara diez en vez de dos, le dije. Parecía dudar, al final aceptó.

Me miró con la sonrisa más maravillosa que haya visto en mi vida, una de esas que, sin querer, llevas contigo y me alejé de él, seguí caminando al tranvía... El muchacho no tenía pinta ni de alcohólico ni de drogadicto, ni de amargado, ni de farsante, ni estaba sucio. Lo que se le notaba era que estaba triste, bastante triste.

EL ENTIERRO RUSO

Una compañera me mandó por correo la invitación para ir al entierro de su madre. Aparecí en la capilla ardiente para la ceremonia ortodoxa, en el cementerio mismo donde luego sería enterrada. Excepto a la compañera llamada N, no conocía a ninguno de los presentes. Me senté en el último banco al lado de la puerta de la capilla, que estaba llena de gente. Desde donde estaba no veía a la compañera, la suponía al lado de los otros dolientes en la primera fila junto al altar. Como no sabía que se hacía en un entierro ruso, decidí hacer lo que todo el mundo hiciera y al ponerse la gente en fila para pasar ante la difunta, me enfilé yo también. Al llegar ante la muerta, veo que está en una caja blanca con media tapa de cristal que deja ver la cara, parte de los hombros y pecho. ¡Jo! ¡Qué difunta! Esperaba ver a una señora mayor de ochenta y muchos años, muerta del último mal... y tengo ante mis ojos una señora joven, rubia, de pelo primorosamente ondulado, con piel de terciopelo y labios pintados de color rosado... ¡En fin! Una bella encantada durmiente en vez de una anciana muerta. Como no he visto todavía a la compañera por ningún sitio, empiezo a pensar si no me habré equivocado. Dejé la rosa al lado de la difunta y continúe en la fila camino del cementerio hacia la tumba abierta. Estoy sintiendo ya el haberme equivocado por mi compañera, claro, por no haber podido acompañarla... sí, estoy en el cementerio correcto pero en el falso entierro.

Al cabo de mucho rato, el cementerio es muy grande, veo al fin a N, de lejos. Sí ella esta allí, al lado del señor mayor, será su padre, el viudo, es decir que no me habré confundido... Empiezo a hacer especulaciones y supongo que el señor se haya casado más de una vez con una mujer muchísimo más joven, pero es imposible que fuera la madre de N, en todo caso la madrastra...

Acabado el enterramiento un matrimonio que no había visto nunca, me dice que me llevan en su coche al restaurante donde se celebra la “fiesta triste” o la “triste fiesta”... y allí nos encontramos todos, a la entrada pues el restaurante está reservado sólo para los invitados al sepelio.

Nos espera un equipo de camareros vestidos de punta en blanco, la decoración es impecable, hay rosas blancas por todas partes. Las mesas están colo-

cadadas en círculo de forma que los presentes se vean las caras. El viudo, en pie, echa un discurso a la finada adornándola de todas las virtudes y de ningún defecto. Alguien toca una balalaika⁵ y él canta una canción rusa, emocionado, brinda por su mujer con vodka una última vez y se sienta.

Desde ahora se come, se bebe, sobre todo lo último, vodka sobre vodka, se canta, se cuentan chistes y se ríe lo mismo que cuando uno esta de convite. Todo en honor de la fallecida. Hasta que cada uno se va para su casa, despidiéndose todos con muchos, muchos besos rusos.

Llegué a casa con la sensación de haber estado más de fiesta que de entierro. Algún tiempo después N, la compañera me explicó que a los muertos rusos, especialmente a las mujeres, las embellecen hasta tal punto que le quitan muchos años de encima, todos los que pueden, que cuesta mucho dinero ese procedimiento rejuvenecedor de después de la última hora y que tanto vodka y tanta alegría es la ayuda psicológica para los dolientes en tales circunstancias de pena, que la canción rusa tan sentida cantada por su padre era la preferida de su madre.

¡En fin! Cuando comparo el funeral ruso con los de mi pueblo, tanto crepón negro, tanto color lila, tanta lágrima y suspiro, ojeras, pésames y ayunos, tantos tristes trascendentes y cajas negras solemnes e irremediables como la muerte misma... ¡Ah! Entonces, la verdad es que prefiero que, aunque sea yo más española que la difunta peseta, me entierren a la rusa.

EL ORDEN ALEMÁN

Tras tanto orden, que es casi siempre la victoria de la manía de ordenar sobre el sentido común, discurre el comportamiento en la vida cotidiana del señor Otto Consumidor normal, orden que le imbuyeron desde pequeño cuando era Ottito Consumidorcin.

Esto y la otra cosa se hacen así, aunque el hacerlo de otra manera resultara mucho más fácil. Se pasan la vida, los alemanes, planeando los planes, organizando la organización. Son maestros en detallar el último detalle. En fin, que están en todas.

Regulan la regulación de las reglas. Para las posibles excepciones tienen también previsto, de antemano, posibles soluciones. Pero como de humanos es errar, el día que les falla un detallín, entonces han llegado con su latín hasta el final y están perdidos. No hay cosa que más descomponga a un alemán que

⁵ Instrumento musical ruso de cuerda de la familia de cuerdas punteadas de la familia del laúd. (N.E.).

el que algo se le vaya de las manos sin que haya orden que lo remedie. Obedecen por obediencia. Son muy creyentes de la autoridad.

Yo creo que un alemán solo es nadie y bebe cerveza. Dos beben cerveza. Tres beben cerveza y fundan una asociación, después de haberse pasado tres años, uno por cada alemán, ultimando las reglas que van a regirla. Una cosa es más segura que el amen en la iglesia y es que otro alemán va a ocuparse del orden, de que en la asociación todo funcione como Dios manda...

EL PADRE ESPAÑOL M, EL CO-ENTRENADOR

Hay algunos padres que de verdad son un primor, esforzándose en el tema de fútbol con sus hijos. Es posible que el motivo sea querer hacer del niño una futura estrella futbolística, como en el caso de Mario Gómez, del Bayern por ejemplo. Así va el padre, clavado como una tachuela al hijo, de entrenamiento en entrenamiento, haciendo de coentrenador y de partido en partido como árbitro e hincha por lo menos.

Es también posible que haya muchos padres que necesiten respirar de la dictadura femenina casera, esa de bastantes “generalas” españolas del ordeno y mando, siendo el asunto del fútbol muy indicado para salir del hogar sin disturbios.

Sea como fuera, llegué al campo de fútbol con mi hijo, no por respirar de nadie pues yo he mandado siempre, y oigo chillar en español frases como: “¡hala Juanito, corre, corre, no te duermas, muévete, a la derecha, que te entran por la derecha, que te lo digo yo que tú eres el mejor, los otros son unos alelaos, peritas dulces, pepones, eso unos pepones alemanes, si señor Juanito, eres el mejor, viva España, viva Sevilla!”.

Una vez que mi hijo entró en el campo, jugaba en el equipo contrario con los chavales alemanes, empecé yo también desafortunada y divertida a chillarle a mi niño la misma retahíla de frases que el padre español al suyo y donde el decía Juanito, decía yo el nombre de mi niño y donde viva Sevilla yo viva Salamanca... Estaba detrás de una valla, el padre español me oía pero no me veía, se llevaba las manos a la cabeza maravillado de oír repetidas sus mismas frases, en español en medio del lado alemán, de vez en cuando le oía decir: “joder con la señora, es la reostia (*sic*), si su niño es bueno el mío es mejor todavía, mi Juanito es el copón...”.

Me desternillaba de risa, cuando ya no pude más, salí de entre las vallas, fui sonriendo al padre español y entre carcajadas nos presentamos: “oiga yo soy la madre del pepón alemán y usted debe ser el padre del copón (*sic*) español, de Sevilla, seguro...”. “¡Ah! ¿Es usted?...”. “Sí, yo soy la señora de Salamanca”. “Claro, claro...”. El padre español y yo nos moríamos de risa. Surgió

una buena amistad con la familia del padre español, M, que se murió poco tiempo después. Fuimos todos los españoles al funeral por su alma, que Dios lo tenga en su gloria. M era una perla.

EN LA FRONTERA

El guardia civil andaluz, por como hablaba en la frontera franco española con nuestros pasaportes en la mano: “pero vamos a ver, oiga usted, aquí, en esta frontera por razones de mi trabajo he visto mucho y se me han contado muchas historias, pero esta... ¿usted pretende hacerme creer a mí que este señor, estos dos niños tan rubitos y usted, que son ustedes todos hermanos...? Eso es como si pretendiera usted hacerme tragar la catedral de Sevilla... que no... que no...”. “Pero por favor, óigame usted, déjeme que le explique, no somos hermanos, no...”. “¿Lo ve usted? Claro que no son ustedes hermanos y... ¿desde cuando acá este señor tan extranjero se apellida M.M.? ¿Y los niños? Lo dicho, me quiere usted hacer tragar la catedral de Sevilla”. “Por favor, escúcheme usted hasta el final que no lo quiero hacer a usted comulgar ni con la catedral ni con la Giralda tampoco, déjeme que le explique, este señor extranjero es mi marido, los dos niños tan rubios son nuestros hijos. Son alemanes por las leyes alemanas hasta los dieciocho años, cuando pueden decidir obtener la nacionalidad española”. “Señora, pero los apellidos... hala, hala siga usted con la explicación...”. “A ver, en Alemania, al casarnos, en vez de aceptar yo el apellido alemán de mi marido dejando los míos españoles, que no me dio la gana, fue mi marido el que dejó su apellido alemán, que los alemanes tienen sólo uno, el del padre, perdiendo la mujer alemana al casarse el suyo y llamándose desde entonces como yo. Por eso ese señor extranjero es mi marido y los dos niños extranjeros mis hijos, aunque nos apellidemos igual no somos hermanos”. “Ah, entonces se casaron ustedes según la ley alemana...”. “Eso es”. “No había oído nunca eso del cambio de apellido pero, en fin, si usted me lo dice ahora lo voy entendiendo... perdone usted, señora, de todas formas tengo que entrar ahí en el edificio de la frontera para comprobarlo, yo la creo claro, pero ya sabe usted...”.

Al cabo de un rato volvió el guardia civil andaluz, con una sonrisa como la catedral de Sevilla, me hizo un guiño diciendo, todo aclarado y bienvenidos a España. Yo le devolví una sonrisa tan grande como la catedral nueva de Salamanca.

EN LA CRUZ ROJA ALEMANA

En las primeras prácticas de geriatría y cuidados sociales, en España lo equivalente a técnica socio sanitaria, profesión que aprendí aquí en Alemania, me mandaron a la Cruz Roja. Una mañana, mi mentora durante esa practicas, viene a mi encuentro por el pasillo de Gerontopsiquiatría pálida, descompuesta y como en la luna, diciéndome que la espere que vuelve enseguida. Son las seis y cuarto, comienzo del turno de mañana. Llega la mentora, señora Z, con un recipiente de plástico azul, una palangana, llena de... ¡dentaduras postizas!, cuarenta y una piezas en total entre dientes de arriba, de abajo y engarces, me dice. Me informa que la señora T, una paciente de Alzheimer llegada pocos días antes, se había dedicado esa noche a ir de habitación en habitación palangana en mano “coleccionando” los terceros dientes, aquí llaman así a las dentaduras sintéticas, y tienen razón son los terceros dientes. Hay que arreglar el asunto como máximo hasta la hora del desayuno, porque sino no van a poder masticar y corren peligro de atragantarse. Convencerlas de tomar el desayuno en forma de papilla va a ser difícil y además... ¿Cómo explicárselo?, me sigue hablando la mentora, que es también la subdirectora de la institución. Lo que espera de mí es que hasta las nueve, lo más tardar, tenga casadas las dentaduras y en la boca de sus respectivas dueñas a las que me abstenga de preguntar, primero porque son dementes de grado alto, y segundo, por no intranquilizarlas. Añade que, si no resolvemos el problema, vamos a tener que encargar dentaduras nuevas para todas que además de caro y es de lo más incomodo a esas edades. Me comunica de antemano que no me preocupe, que si no lo soluciono no será porque no me haya esmerado, que ella se hace cargo de lo problemático que es... La verdad es que en esos momentos hubiera preferido estar recogiendo fresas en mi pueblo en vez de en la Cruz Roja alemana con los terceros dientes.

Me fui a tomar un café, a ver si me acababa de despertar y de paso me llegaba alguna inspiración. Me encerré con los dientes en el salón de actos, los extendí sobre la mesa como si fueran las cartas de la baraja española y trata- ra de eso, de casarlas como en el juego del burro. Colocaba este color carne rosado junto a otro rosado parecido, pero luego, la lógica me decía que no podía ser que la paciente tuviera la mandíbula tan ancha arriba y tan estrecha abajo y al revés, aunque los colores fueran más o menos parecidos. Después de casi una hora había casado, probablemente, seis o siete pares, sin estar segura de nada... pero aún así y aunque tuviera todas las dentaduras perfecta- mente ordenadas, el dilema era ahora ¿a quién se las doy yo?, Probárselas no pueden, por la higiene, se sobrentiende. Estaba metida en camisas de más de doce varas por lo menos. Estaba pensando en aquello de que la paciencia todo lo alcanza pero me sentía como el del chiste aquel que esperaba oír cantar a

una zapatilla metida en la jaula. Al final sí que me inspiré, se me ocurrió llamar a los dentistas de cada paciente que, en bastantes casos, era el mismo, rogándole por favor, que nos mandaran la ficha técnica dental donde se ven fotos de las dentaduras, en distintos planos, con el nombre de cada paciente

Debido a la seriedad, orden, eficiencia y rapidez en este país, en tres cuartos de hora, más o menos, tenía las fichas en las manos, con las fotos y nombres, casar los terceros dientes no era ningún problema. El engarce se quedó viudo.

Esa mañana a las nueve y cinco estaban desayunando en la Cruz Roja alemana las mujeres como si tal, viéndolas yo de lo más feliz. La mentora, la señora Z, vino a darme las gracias y me aseguró que escribiría un buen informe sobre las prácticas. Ya sé que hay dentaduras sintéticas que son un primor, pero la verdad, a mí no me gusta ninguna.

ESPAÑA

Sentí la nada
en las manos y en el alma.
Me iba y atrás, tras los montes esos,
levantados orgullosos al cielo,
preguntando lo que mis labios callan,
quedo todo lo que yo alguna vez quise,
todo.
Y España,
España es, ahora que estoy tan lejos,
la luz de Linares,
el olor de rosas de Linares,
y de la gente,
y de mi vida,
y acebo radiante,
y brezo y jara y gabanzas⁶ color carmín,
y los tomillos
que adormecieron mi alma igual que incienso,
hace ya mucho tiempo
y que ahora siembro sin querer
por las aceras
de este país de cemento,
demasiado ordenado, demasiado frío,
demasiado perfecto.

⁶ Variedad de rosa. (N.E.).

EXTRANJERO

¡Extranjero!
¡Más allá...!
Vas solo entre la gente y eres nadie.
No te ven.
Están más lejos.
La canción de cuna querida de tu madre,
la jara de tu tierra
y tus amigos.
El sabor amargo, lento, que te borra hasta de ti no conoce piedad en ti.
No tienes casa y donde vives no estás.
No has nacido,
le eres ajeno al sol, a la mañana y a la tarde,
al vecino a la luna y a la calle.
Las horas de tu vida
que pudieron haber sido en otra parte y no fueron
tampoco son aquí.
En una acera “ellos”
y en la otra tú, sin voz.
A tanta multitud tanta tristeza de ti
que es
verte en tantos ojos que te recuerdan nadie,
ellos un mar de desamor donde te ahogas.
Tu alma es de barro de otra tierra,
aquí desvirtuado y hecho polvo de dolor ahora.
Eres diferente.
Ellos quieren cuadrangular la inmensidad y no tienen tiempo de mirarse
unos a otros.
¡Extranjero!
Más allá,
quizás en la nada acabe la añoranza.

FELIPE, FELIPE

Una reina de Castilla
se volvió loca
por Felipe.
No doblaron su alma
la soledad interminable de Castilla en verano,
soledad gris, amarillenta, sagrada, crispada de silencio interminable,
ni cuarenta y nueve años de cárcel en nombre de los cuerdos.
Felipe dobló tu cerebro que no pudo entender,

la infinitud de Felipe
ni aceptar la finitud de todo.
Antes de mí, en Castilla,
te estremeciste tú,
bajo tanta luz,
tanto amarillo,
tanto amor,
los ojos de Felipe, el pelo de Felipe,
los labios de Felipe, su piel.
El alma de Felipe.
El subyugándote en el silencio sagrado de Castilla
a la hora de la siesta
sobre los campos adormecidos.
Sobre los campos inmensos amarillos
viene Felipe hacia ti.
Bajo tanta luz,
Felipe es transparente
y es tu amor a él,
a la hora de la siesta,
un canto feliz, inagotable
que va de Castilla a Flandes,
hasta el sol
No Reina...
No hubo escalofriante canto gregoriano alguno
que pudiera borrar
la belleza sin límites de tu tanto amor,
amor a él
ni consolar su ausencia.
No nació en Castilla
flor mas flor que tu amor a él.
Puede que ningún monje en Castilla,
casto, obediente y flagelado,
fuera más místico que tú,
Sola o con Felipe
y puede que no hubiera en Castilla
espíritu más libre que tú,
incluso en Tordesillas.
Eras tú más grande
que los grandes del Reino que eran cuerdos y no entendieron,
que no se puede medir siempre.
Las horas de tu vida
quisieron ser sólo luz y con Felipe en el espacio y en el tiempo,
o él o la nada.
¡Oh Reina...!

Hoy crecen pinos de verde radiante
sobre los rastrojos calcinados,
donde tú miraras traspasada de pena
buscándolo a él.

Y hay momentos buscándolo,
que yo escucho mi corazón entre los pinos.
Mi corazón y el suyo,
sus dedos en mis manos,
sus labios en los míos,
y no se llama Felipe
y mis ojos están traspasados de pena.

LA PIQUER

Sí señor, me encanta la Piquer. No sé si es porque de pequeña oía a mi abuela cantando “Ganadera salmantina”, “Ojos verdes”, “La niña de Puerta Oscura”, “Me casó mi madre”, “La Parrala” y qué se yo más. Ella se sabía de memoria las letras. La Piquer es mi infancia, el tiempo en mi pueblo que gastaba entre otras cosas, en tirar del rabo a un gato de la vecindad, en hacerle recados a E, la modista paralítica que me mandaba al estanco a comprar sellos a cambio de un terrón de azúcar y una cucharada de miel, viendo cómo jugaban al tute o a la brisca las señoras y señores que iban de serrano (*sic*) al cuarto de E, las noches de invierno sentados a la camilla de faldillas de colores⁷ bajo el calor y el olor del brasero. Zumbaba el aire frío de la Sierra Chica de lejos y yo era feliz. Ir a la escuela no me gustaba ni pío pero el mal era irremediable.

La Piquer seguía cantando cuando ya existían los radios y le hacía la competencia Manolo Escobar, especialmente con aquello de los discos dedicados con mucho cariño a la novia por el novio si volvía del servicio militar, por la novia para el novio si era que se iba o porque A o B o X habían aprobado el carnet de conducir. Aunque mucha gente se había pasado al bando de Escobar, mi abuela le siguió siendo fiel a Doña Concha siempre, hasta de demente ya cantaba “Ojos Verdes”. ¡Ah la Piquer! Muchas horas de mi tiempo en Alemania, muchos días me ha llevado su voz a mí misma, a mi infancia borrando por lo menos, por un tiempo, mi extrañamiento interior cuando sabes que eras hace muchos años, también española, que eres lo que eres

⁷ Sobre las faldillas de colores de la camilla en el cuarto de la modista, le oí decir a mi abuela que, aunque E fuera más agarrada que un chotis, y cosía los recortes sobrantes de los abrigos de paño que le encargaban, los recortes eran sobras y no sisas. Mi abuela apreciaba mucho a la modista. (N.A.).

ahora, sumado a lo que eras en España antes de venir aquí y esas dos vidas parecen no querer casar una con otra, andan sueltas y hacen que flotes entre dos mundos sin continuidad. Yo creo que eso de la no continuidad es porque no quieres “continuar” porque no puedes. Cuando dejas tu país en otro, lo que haces no es continuar, sino empezar y es duro, muy duro.

LA POLICÍA

He trabajado mucho tiempo en una pequeña residencia para personas con enfermedades mentales, deficiencias psíquicas o físicas y síndrome de Down. Ha sido la experiencia más positiva en este país. Me he sumergido en su mundo, mucho más feliz a pesar de todo que el nuestro, el de los llamados “normales”. He aprendido mucho de ellos, les he dado lo mejor de mí pero ellos me han dado más todavía.

Un día, terminado mi trabajo, de vuelta a casa en el tranvía, hubo control de tickets. Ese día por las prisas había llevado otro bolso al trabajo, sin darme cuenta de que el bono mensual del tranvía y el pasaporte se quedaban en casa. En tales casos te piden la filiación, le pagas una multa y te dejan en paz. Como soy extranjera no le bastó al controlador con apuntar mis datos sino que llamó a la policía para pasárselos. Ésta se cerciora de que son correctos según sus propios archivos. Creí que todo había terminado, cuando llamaron al controlador de vuelta diciéndome éste que esperara que la policía llegaría enseguida. Vinieron tres policías, dos hombres y una mujer. Le expliqué mi olvido diciéndole que pagaba la multa y su reacción fue decirme que me llevaban a la comisaría. Una vez allí me metieron en una habitación sin ventanas con una bombilla de luz intensa colgando muy baja sobre la mesa. Me senté y enfrente de mí dos policías que empezaron a hacerme preguntas, siempre las mismas con pequeñas variaciones, de paso, me enfocaban la bombilla en los ojos. Que quién soy, nacionalidad, cuándo llegué a Alemania, que dónde vivo, cómo se llaman mis vecinos, dónde trabajo, el nombre de mi jefe, de mis compañeros, cómo se llaman mis hijos, la escuela donde van, dónde esta Madrid, cómo se llama mi pueblo y el alcalde, mi familia en España, el río Ebro por donde pasa. Yo alma candida de Dios todavía creo que se trata de un error. El tono de los policías es cada vez más duro, más cínico y más puñetero. Las preguntas son siempre lo mismo pero las hacen cada vez mas deprisa, casi no me dejan pensar... Me doy cuenta de que lo que quieren es cogerme en alguna contradicción, no me creen en absoluto. Me hablan cada vez más alto de tono, el cinismo es increíble. Le digo que llamen a la institución donde trabajo, que pregunten en la seguridad social donde cotizo, que pregunten a la dueña de la casa donde vivo por el contrato de arrendamiento, que me dejen llamar a mis

niños... Un policía es más agresivo todavía cuando le digo que si no le basta lo dicho, entonces que llamen al consulado español donde estoy registrada, eso lo saca de quicio y me contesta que el asunto no es problema de España sino de Alemania, que ellos, los alemanes tenían que tener la información por sí mismos sin depender de España. Le digo que no puedo más. Estoy levantada desde las cinco de la madrugada como siempre que tengo turno de mañana, he trabajado hasta las dos y media y llevo en la comisaría ya hasta las siete de la tarde. Estoy cansada, tengo hambre y me pregunto qué pensarán mis niños y que dónde está su madre. Creo que o estoy alucinando yo o alucinan ellos. Estoy detenida sin saber por qué, ni creen lo que le digo, ni se molestan tampoco por comprobarlo siendo tan fácil hacerlo. Es como si estuviera metida en una mala película, de pesadilla.

Me dejan sola gracias a Dios, dejan la puerta abierta y oigo como un policía habla por teléfono, dice que el problema es muy grave porque ellos no estaban informados, como hubiera sido menester que, tratándose de una persona protegida, era de esperar que España no diera información, que el problema era el no acceder a los datos porque no les estaba permitido a ellos, que el acceso era imposible de momento. Que a la señora detenida, a mí, supuse me llevarían a otra comisaría para continuar interrogándome... Al oír eso estuve a punto de llorar, pero pensé en mis niños y me dije, “a estos señores no le voy a dar el placer de verme llorar, ya veo que son ellos los que tienen un problema conmigo, no tengo ni idea que es eso de ser persona protegida, protegida de qué”. Estaba yo en esos pensamientos cuando vienen los policías otra vez, me dicen que para llevarme a otra comisaría, tal como yo había oído. Fueron sordos y mudos cuando les pedí por favor que me dejaran llamar por teléfono a mis hijos para tranquilizarlos.

Llegados a la comisaría empezó el procedimiento de nuevo. Esta vez le solté yo a ellos que si no se sabían ya de memoria mis respuestas, que buscaran un mapa de España si querían saber por dónde pasaba el río Ebro... Llevaban preguntándome sobre veinte minutos, cuando entré en la habitación del interrogatorio un policía diciéndome que me llevaba a su jefe, allí en el edificio mismo. El tal señor me recibe con una sonrisa, educadísimo me manda sentar, me pregunta que si quiero café, se disculpa por todas las incomodidades que pudiera haber sufrido, parece adivinar que quiero preguntarle la razón de la detención y me dice más educadísimo todavía que desgraciadamente es un asunto del que él no puede hablar conmigo. Me está costando mucho contenerme pero prefiero no perder los estribos, sólo dejo salir de mí un poco de mi mala leche serrana y le digo al señor jefe comisario principal, que muchas gracias por el café, que tengo mucha prisa por mis niños y que para llegar cuanto antes a casa espero de la policía que me lleven hasta la misma puerta, gratis.

Para que la señora, yo, fuera más cómoda a casa me llevaron los mismos policías que me habían detenido en un coche más grande, por el camino se disculparon por todo y me dejaron a la misma puerta. No me pregunten ustedes que es eso de ser una persona protegida, según la policía alemana, preguntenselo ustedes, yo todavía no lo sé. Esta experiencia fue muy mala.

LAS CORTINAS

Las cortinas en Alemania, blancas, planchadas o sintéticas, plisadas al milímetro o lisas desde el techo al suelo o a media ventana son una obligatoriedad (*sic*) en este país. Las cortinas miden el índice de respetabilidad de la casa en cuestión. La no existencia de cortinas o cortinas desaliñadas convierte en asocial e indeseable al morador de la casa e indica que algo se ha salido de la norma, para mal, en la vida o el carácter de esa persona.

El que en Holanda no las haya, se dice que era para que las mujeres casadas no escondieran a los amantes mientras los maridos estaban en la guerra y... como siempre hay guerras...

RACISMO

Cuanto más dentro estás en esta sociedad más fino es el racismo existente. Al principio de llegar aquí me gritaron en la calle desde un coche de paso un grupo de jóvenes: “¡mierda de turca vete a tu país, mierda extranjera fuera!”. Ese día lloré. Otras veces me trataban como a cosa boba porque se daban cuenta de que no sabía hablar. Cuando empecé a hablar, que tardé mucho, y podía contestarles fueron mas cautelosos. Para saber si yo era “sólo” la hija de trabajadores extranjeros, me preguntaban que si mis padres estaban también aquí...

Cuando empecé a trabajar el racismo me llegaba desde fuera. Llamaban a la institución queriendo hablar con un trabajador o trabajadora pero no conmigo... De compras si examinan el carro es casi siempre el de los extranjeros. Con el tiempo he aprendido a pasar del racismo. Lo ignoro.

EN EL AUTOBÚS CON LOS GALLEGOS

Hace años iba con el autobús a Salamanca, salíamos desde la explanada de la antigua residencia para los trabajadores de Opel desde Bochum. El autobús se iba llenando de pasajeros que recogía por distintas ciudades, a veces también en Bélgica.

Era de lo mas feliz oyendo hablar en español camino de España, o hablando gallego, para el caso me daba lo mismo, la cosa era olvidarme del alemán por lo menos durante algunas semanas. El idioma alemán era una pesadilla que no quería entrar en mi cabeza, sí claro, me compró mi marido un diccionario que no me servía de nada cuando la gente trataba de hablar conmigo. Debido a que no soy un genio para nada, pensé que era más fácil que mi marido aprendiera español que yo alemán y de esa forma me vería antes viviendo en España con él. No me gustó Alemania desde el principio, ni un pelo. Llegué un día de finales de junio, había dejado el cielo azul de Salamanca, la luz, y no entendía que la gente anduviera por aquí vestidos de invierno bajo cielo oscuro para llover. Los alemanes me parecieron como momias caminantes, veía mucha gente vieja por la calle, especialmente mujeres viejas como salidas de una película del año de la polca llegadas de un mundo extraño al mundo extraño, que era para mí Alemania. Iban de gabardina beige, sandalias claras, tenían el pelo ondulado pero no como en España. La gente iba por la calle de lo más seria, como si estuviera prohibido reírse, era raro ver niños. Parecían indiferentes del todo unos a otros, cada cual iba a lo suyo. Las calles estaban limpias, la gente no hacia ruido, no se reían casi. Había más vida en mi pueblo serrano que aquí en una ciudad... Por la tarde sobre todo en invierno, se veían muy pocas almas a lo peor porque se hacía muy pronto de noche.

Había llegado yo a un mundo extraño y triste, aburrido y casi silencioso que no entendía, me parecía impenetrable. Lo que quería era volver a España cuanto antes. Tan deprisa no podíamos irnos, por razones de trabajo de mi marido, y si no me gustaba Alemania me la tenía que tomar en tres tazas por lo menos.

Le cerré las puertas a este país, yo me decía estoy aquí sólo de paso... Seguía sin hablar alemán porque además de resultarme difícilísimo tampoco quería. Me daba como miedo alemanizarme, como si al hacerlo perdiera poco a poco mi ser de española, mi identidad, mis raíces...

Estuve muy triste cuando regresaron a España los pocos españoles que conocía. Desde entonces, me tuve que mover más todavía entre alemanes. Hubo días que la añoranza de España me comía el alma. Luego nacieron mis hijos y aprendí alemán por ellos y de ellos, y yo les enseñé español.

Ah, de vuelta al tema del autobús con los gallegos... que hablaban mucho sobre todo las mujeres, eran viajes a veces de lo más divertidos, muchos ratos porque se pasaban las horas muertas contando chistes o inventándoselos y a mí me venía al pelo.

Una vez le preguntó el gallego, vecino de asiento, a otro que si sabía porque Eva le dio a Adán una manzana y el otro le contestó que es que lo mismo a Adán no le gustaban las peras.